





Safe Harbor
2011, óleo sobre lino
encolado a lienzo,
190 x 190 cm.

MÓNICA RIDRUEJO
BUCEANDO EN
LA PINTURA

LAURA REVUELTA

Las figuras trazadas por la artista en el espacio de las salas del IVAM sorprenden por su capacidad de innovación y superación de los límites pictóricos



The Tie
2012, óleo sobre lino encolado a
tabla, 110 x 244 cm.

Hay una máxima en la obra de Mónica Ridruejo que sobresale por encima de todas las palabras que podamos verter sobre su pintura: la inspiración siempre te ha de pillar trabajando. Trabajo, trabajo y más trabajo, que equivale a investigar, investigar y más investigar. A lo largo de un año he seguido intensamente la evolución de esta artista, que partía de la pintura en su base más pura, y no ha dejado de sorprenderme su capacidad de innovación y superación de los

límites pictóricos. Una lucha constante contra los tópicos que pudieran encasillar su hacer anclado hasta la fecha en una cierta tradición discursiva. Por eso, esta exposición nace de un cuadro al que ni siquiera se le ha puesto título, que no está incluido en la selección final aunque conviene recordarlo desde el primer momento, que certifica cuánto de evolutivo descubrimos en este *Eikonoma* firmado por Mónica Ridruejo.



La artista ha ganado en libertad de acción y, por tanto, de interpretación, algo que siempre agradece el espectador. Si en ese pequeño lienzo del que habla unas líneas más arriba interpretamos lo mismo que vemos –unas cuerdas que se juntan en el centro de la escena–, en los trabajos que integran esta muestra desciframos códigos más complejos, donde la abstracción domina el fondo y la forma. El fondo no es sólo el marino, aunque las apariencias así nos quieran

engañar, y la forma no es sólo real o realista sino que se adentra en las a menudo procelosas aguas de lo concreto e inconcreto a un mismo tiempo. Lo abstracto que fluye entre el color y la luz.

Tsunami cromático

Como determinó Aristóteles en su *Tratado del color*: “Nosotros no vemos ningún color puro, tal y como es, sino que todos están mezclados con otros; y si no se mezclan con ningún otro color se mezclan con los rayos de sol y con las sombras y por ello aparecen diferentes”. Estos cuadros permiten bucear en los matices, seguirles con la mirada, acercarte y separarte de la línea del horizonte que parece escenificar en el recorrido de la exposición, pasar de lo concreto a lo inconcreto, del detalle a la inmensidad sin perder en ningún momento las referencias. La pintura por y para sí misma ejercitando su musculatura. Esto sólo se consigue, sin lugar a dudas, porque Mónica Ridruejo ha asumido esta exposición como un reto personal e intransferible a cuyos guiños el espectador solo podrá acceder si conserva un ápice de su capacidad de riesgo, de superar los límites y romper las cuerdas o los moldes. No conviene quedarse en la superficie, y nunca mejor dicho, cuando de analizar la obra de Mónica Ridruejo se trata. Los motivos marinos no son más que una simple excusa –una trampa, si me lo permiten, en la que muchos van a caer– para mover la paleta de los colores en una intensa agitación, en una especie de tsunami cromático capaz de llevarse por delante todo cuanto salga a su paso. Como apuntaba unas líneas más arriba, en el año que lleva trabajando muchos han sido los hallazgos que ha



Miscellanea
2012, óleo sobre lino encolado
a tabla, 190 x 190 cm.

La exigencia ha sido la base sobre la que Ridruejo ha construido este viaje a los orígenes de la creación para rodar hasta un futuro abierto de par en par

incorporado a su obra. Se ha sentido tan libre que ha abierto la puerta a nuevos procesos creativos y donde más se han notado estos juegos y especulaciones es en el terreno escultórico. La artista se ha metido de cabeza en esta disciplina. Por ello destacan, entre todas las obras que ahora se exponen, aquellas que parecen ejercicios formales sacados del propio cuadro. Una suerte de pinturas en relieve, dibujos en el aire, discretos, sutiles, pero cuya fuerza rompe toda clase de prejuicios hacia lo que puede ser la evolución de la escultura abstracta, de la incursión en el volumen, en el espacio y hasta en el tiempo. Piezas que, desde su tridimensionalidad, juegan con equilibrios imposibles, que danzan al ritmo de músicas entre futuristas y ancestrales. La exigencia ha sido la base sobre la que ha levantado la artista todo este viaje a los orígenes de la creación para viajar en el tiempo hasta un futuro cuyo final está abierto de par en par.

Mónica Ridruejo, como los artistas de antaño, ha trabajado con la experimentación de materiales, se ha hecho alquimista de pruebas y ejercicios imposibles, cuyos resultados rozan una cierta irrealidad. Con un material que se ha sacado de la manga a fuerza de hacer una y mil pruebas al pie del cañón (la resina de epoxi translúcida), traza dibujos que se elevan en el

espacio, se contorsionan en el aire, y que, sobre todo, destacan por las variadas tonalidades que destilan cuando la luz traspasa su fugaz transparencia. Es en este punto cuando lo abstracto casi se trasmuta en futurismo. En la magia de una escenografía que casi parece extractada de la ciencia ficción, de una narración fantástica que va ser transitada por personajes irreales, por seres imaginarios que viven y resisten entre esta suerte de esculturas mutantes.

Sinceramente, creo que estas esculturas darán que hablar y darán muchas más oportunidades a la artista para que desarrolle otras fórmulas abstractas, otros ejercicios formales donde lo visible y tangible se esfuma, se hace invisible, se retuerce en su esencia hasta parecer un juego de niños que quieren ser adultos, y viceversa. Porque también hay mucho de lúdico en todas estas piezas, donde lo difícil parece fácil. La forma, el color, la luz, las sombras. Todos juntos o por separado componen una música íntima, profunda. Sí, la de la abstracción. Como señala Julian Bell en su ensayo *¿Qué es la pintura?:* "De igual modo que el sonido puede relacionarse con el sentimiento, y el sentimiento con el color, la pintura puede relacionarse con la música". Y la pintura y la música parecen danzar en esta figuras escultóricas trazadas por Mónica Ridruejo en el espacio de estas salas del IVAM.